

ELÍAS CANETTI: LENGUA Y MORAL

Angelina Muñiz

Para Elías Canetti la palabra es la mayor responsabilidad que existe. Por ella nacen o mueren mundos, se destruye y construye la vida, es origen y amor, desecración y olvido para el hombre. Principio del ser, del orden cósmico, del equilibrio de Dios.

La palabra en sentido absoluto e integrador es punto de apoyo de la concepción canettiana del universo. Palabra-lengua-libro es una trilogía fuertemente tejida en el pensamiento de Canetti. Algunos títulos de sus obras bastarían para entenderlo: *La conciencia de las palabras*, *Las voces de Marrakesh*, *La lengua absuelta*. O bien, del análisis de la palabra escrita, en este caso, del género epistolar, *El otro proceso de Kafka*; y de las palabras en libros, la máxima tortura: su quema, en el *Auto de fe*, que se epitomiza en su aforismo sobre el ermitaño, aquel que “quemó todos sus libros y se fue a vivir a una biblioteca”. La palabra, para Canetti, puede ser también silencio, purificación, definición y extensión del dominio. Y ahí está su obra suma: *Masa y poder*.

Elías Canetti, judío sefardí, es heredero de dos fuertes tradiciones. El espíritu profético y mesiánico por un lado, junto al profundo sentido del honor, por el otro: “Desde mi más temprana infancia había oído repetir hasta la saciedad, en ladino, el concepto de *honor*.”¹ Canetti, que conoce y domina idiomas (ladino, búlgaro, inglés, alemán, francés, español y otros), escoge el primero, el del origen, para un sentimiento típicamente español: el “honor”. Así, su conciencia judía es también su conciencia española y Américo Castro hubiera visto en él la reencarnación, en pleno siglo xx, de la problemática vital del hispanohebreo de la Edad Media.

De todos los idiomas que domina Elías Canetti (su abuelo era famoso por conocer 17 idiomas,) dos serán los verdaderamente esenciales: el ladino o judeoespañol, como afirmación de su ser y al que acude en busca de raíces, y el alemán, por elección, para escribir su obra —precisamente “*porque soy judío*”, apuntó en 1944— aun en contra de la mayoría de los intelectuales judíos refugiados en la época del nazismo que se negaban a usar tal idioma. Canetti, profeta rebelde, optó, como escribe Susan Sontag en *La mente como*

¹ *La lengua absuelta*, p. 260.

pasión, “por no dejarse ensuciar por el odio”, a pesar de ser el único sobreviviente de su larga familia sacrificada en el holocausto y el exilio.

Canetti, filósofo y severo moralista de nuestra época, presenta su lado humano en *La lengua absuelta*, primer tomo de su autobiografía. Para Canetti, la exploración minuciosa y paulatina de su infancia arranca del recuerdo más remoto, recuerdo que lleva en sí la síntesis de su obra futura: la lengua y el poder. En efecto, de pequeño es amenazado por el pretendiente de su niñera de cortarle la lengua si dice algo de ellos. El silencio que guarda el niño durante diez años se cristaliza en la palabra liberada, “absuelta” el día en que, por fin, puede contar el episodio. Así se va conformando su obra: silencios y voces desesperadas, alta comprensión intelectual y profunda piedad por el dolor. Su concepción ética proviene, por eso, de las más puras fuentes del judaísmo profético. Su postura ético-filosófica es la de racionalizar y denunciar los complejos mecanismos de la sociedad contemporánea. Canetti junto con Wittgenstein —en otro aspecto— expresan la lucha desgarrada por llegar al hombre después de la comprensión de la palabra. No es casual que ambos hayan sido objeto de descripción vívida, en las novelas de Iris Murdoch, a quienes ella conoció en Cambridge. Ambos participaron en la rica vida cultural —y también de descomposición social— de la Viena de entreguerras. La Viena de Karl Kraus, de Robert Musil, de Stefan Zweig, de Hermann Broch, de Arnold Schönberg, de Gustav Klimt, de Egon Schiele. Y ambos —Canetti y Wittgenstein— conocían también la muerte de ese mundo.

La lengua absuelta representa el esfuerzo mental por recuperar la infancia en un plano racional y definitivo. No importan tanto las anécdotas, el fluir diario de la vida, como el momento preciso de un cambio de mentalidad, de un descubrimiento de esencia, de una nueva lección aprendida. Las circunstancias especiales de su origen y los idiomas que utilizó simultáneamente desde niño, es decir, el alemán hablado por los padres, el ladino por los niños y los abuelos, el búlgaro por los campesinos y sirvientes y, a partir de los seis años, con el traslado de la familia a Inglaterra, otro nuevo idioma, dieron lugar a una convivencia lingüística que fue el fermento propiciador de la agilidad y flexibilidad expresivas de su pensamiento. De qué modo combinó y fue eligiendo lo mejor de cada lengua, Canetti mismo nos lo dice:

Todos los acontecimientos de aquellos primeros años fueron en ladino y búlgaro. Después *se me han traducido* en su mayor parte al alemán. Sólo los acontecimientos especialmente dramáticos, muertes u homicidios, y los peores terrores, se me han grabado en ladino, y de manera exacta e indeleble. El resto, casi todo, y en especial todo lo búlgaro, como los cuentos, lo tengo presente en alemán. . . Hoy me parece natural ponerlos [los recuerdos] por escrito; no siento que con ello esté cambiando o distorsionando

nada. No es como en las traducciones literarias de los libros en que se realiza un trasvase de una lengua a otra; se trata más bien de una traducción al inconsciente, y aunque huyo de esta palabra como de la peste, palabra trivializada por su utilización excesiva, me gustaría reivindicarla para este único y exclusivo caso.²

Por esa convivencia diaria con lenguas tan disímiles fue posible para Canetti dividir —y a la vez integrar— cada actividad de la mente por idiomas: el mundo de las emociones y la tragedia, del honor y el orgullo, sería siempre el judeo-español; el mundo de los relatos, el búlgaro; y el mundo de la expresión literaria, el alemán, último idioma que aprendió y que siempre consideró lengua mágica y secreta, ya que en ella se expresaban los padres para no ser entendidos por los hijos. Como él mismo escribe: “fue una tardía lengua materna, inculcada a base de auténticos sufrimientos”.³ Y, en efecto, el procedimiento para aprenderla fue verdaderamente tortuoso: luego de muerto su padre, decidió la madre enseñarle el alemán pero, para poner a prueba su inteligencia, nunca le permitió consultar una gramática ni escribir lo que le enseñaba, sino que todo tenía que confiarlo a su memoria y repetirlo sin errores. “Y fue precisamente por el espasmo de este nacimiento que surgió en mí la pasión que me ha unido a ambas, a la lengua alemana y a mi madre. Sin estas dos, que en el fondo son una y la misma cosa, el posterior transcurso de mi vida hubiera sido insensato e incomprensible.”⁴ Esta técnica de aprendizaje se deriva directamente de la más antigua tradición educativa dentro del judaísmo. El estudio de la *Toráh* —el Pentateuco— debe ser oral, puesto que lo escrito es, en última instancia, una interpretación o una serie de interpretaciones o definiciones de lo verdadero y de lo oculto. La única *Toráh* posible es la oral, mientras que la escrita es un mero concepto místico accesible sólo a los profetas. Es decir, la *Toráh* escrita proviene de la oral y si toma una forma simbólica —por medio de las letras— es debido al poder de la transmisión oral, sin el cual nada podría ser entendido. Los cabalistas, cuyo periodo de esplendor fue en la España del siglo XIII y principios del XIV, basan los preceptos de enseñanza en la tradición recibida: *Cabaláh* quiere decir recepción o tradición. Por lo tanto, no escriben sus enseñanzas sino que las transmiten por “palabra de boca”. Parece ser que la madre de Canetti aún mantiene viva esa tradición en nuestra época, a pesar de no ser ella una estudiosa del judaísmo y pretender, en su lugar, un humanismo universalista.

En cambio, el inglés hubo de aprenderlo de un modo más convencional y directo: primero en la escuela, cuando ya vivía en Inglaterra y después por los libros que le regalaba su padre, adaptaciones de obras clásicas de la lite-

² *Ibid.*, p. 20.

³ *Ibid.*, p. 95.

⁴ *Ibid.*, p. 99.

ratura universal. Y éste, el de los libros, fue su gran descubrimiento y algo de lo que ya nunca podría apartarse. Palabra-lengua-libro. Cuando años más tarde, leía con su madre las obras de Shakespeare, y casi las representaba, la pasión por la lectura se declaró irrefrenable y, desde ese momento, su vida, aunque él no lo supiera, estaba marcada.

En *Las voces de Marrakesh*, continúa la búsqueda de la lengua, tanto a nivel individual (aprender el idioma del país al que viaja), como por reconocimiento de la propia (vuelve a oír hablar español), o como origen de los sonidos y palabras, en general: “Había acontecimientos, imágenes, sonidos, cuyo sentido de entrada *radica* en uno mismo, que fueron no tomados, sino reducidos a palabras, y que más allá de las palabras, son aún más profundos y plenos de sentido que ellas mismas. Sueño en un hombre que olvida las lenguas de la Tierra hasta no comprender cuanto se dice en ninguna de ellas. ¿Qué hay en el lenguaje? ¿Qué esconde? ¿Qué le sustrae a uno?”⁵ Palabras estas últimas propias de la tradición hermenéutica del cabalismo.

En *Masa y poder*, dentro del capítulo que se refiere a las manos, Canetti va más allá, el lenguaje primero debió ser por signos de las manos: “Uno se podría imaginar que los objetos, en nuestro sentido de la palabra, objetos a los que corresponde un valor porque los hemos hecho nosotros mismos, existían primero como *signos de las manos*. Parece haber un punto central de enorme importancia, donde el nacimiento del lenguaje gestual correspondía a aquel placer de dar forma a los objetos uno mismo, mucho antes de intentarlo realmente. Lo que se representaba con ayuda de las manos, sólo más tarde, una vez que había sido representado suficientemente se hizo realidad. *Palabras y objetos* serían pues emanación y resultado de una única experiencia unitaria, precisamente la de la *representación de las manos*. Todo lo que el hombre es y puede, todo lo que en un sentido representativo constituye su cultura, se lo incorporó por transformaciones. Manos y rostros fueron vehículos propiamente dichos de esta incorporación. Su importancia aumentó —con respecto al resto del cuerpo— cada vez más. La vida propia de las manos, en este sentido primigenio, se ha conservado aún con mayor pureza en la gesticulación.”⁶

El movimiento de liberación de una lengua parte de su origen ligado a sonidos primordiales y a una expresión de las manos y del rostro que contribuye a su evolución. Se dice que cada lengua conlleva los gestos que la definen mejor y que le permiten elevarse a un terreno más libre, más interpretativo, más dinámico.

El proceso intelectual de Canetti se basa en el proceso de aprendizaje de las lenguas y, por lo tanto, la variabilidad y flexibilidad de su pensamiento sólo puede explicarse de ese modo. En su mente las lenguas y las literaturas

⁵ *Las voces de Marrakesh*, p. 31.

⁶ *Masa y poder*, p. 214.

comparadas se dan de forma natural. Y su oído, excelente oído el de quien tantas lenguas domina, es un refuerzo de su propensión ético-filosófica. El oído es el órgano del moralista, así como el ojo es el del esteta. Retomando a Susan Sontag: "El oído es un sentido atento, más humilde, más pasivo, más inmediato, menos discriminatorio que la vista... El otorgar primacía al oído es un tema insistente y conscientemente arcaizante en las últimas obras de Canetti. Implícitamente, está reafirmando el antiguo abismo entre la cultura hebrea en cuanto opuesta a la griega, la cultura auditiva en cuanto opuesta a la visual, y la moral opuesta a la estética."

Por eso, la lengua ha sido calificada por Canetti de un modo moral: "la lengua absuelta", o redimida uniendo al título las características de una cultura auditiva, y lo más representativo de su estilo y manera de ser. Si la lengua es absuelta indica que antes no lo era y que su proceso para llegar a ser es resultado de un esfuerzo y de una conciencia liberadora, así como de posibilidades interpretativas ganadas a pulso. La lengua es oculta, sustrae, aleja. Es algo que debe conquistarse, que debe ser sometida a un juicio del cual debe salir libre y bien parada, así como alcanzar la claridad y la cercanía. A tal sometimiento moral aspira el escritor.

BIBLIOGRAFÍA

- Canetti, Elías, *La lengua absuelta*. Barcelona, Muchnik Editores, 1981.
———, *Las voces de Marrakesh*. Valencia, Pre-textos, 1981.
———, *Masa y poder*. Barcelona, Muchnik Editores, 1977.